

PEQUEÑA CRÓNICA DE LA CIUDAD

¡AHÍ VA ESE!

Por Juan Antonio Padrón Alborno

Todos lo hemos sentido pasar, pero, hasta la fecha, ninguno podemos atribuirnos el honor de haberle visto.

Todos, sin excepción, hemos comentado su paso furtivo e invisible —¡Ahí va ese!— pero lo que nadie sabe, ni sabrá nunca, quién es ese. Su verdadera identidad está, desde tiempos remotos, completamente velada y vedada. Nadie sabe, nadie ha sabido, ni el más mínimo dato de su personalidad permanentemente huidiza.

¿De dónde ha salido y hacia dónde encamina sus pasos? Tampoco nadie lo sabe.

El misterioso pasajero va sembrando inquietud y malestar. Si los hombres fuesen árboles, se les vería con toda claridad cabecear y tambalearse cuando pasa ese. Los hombres serían entonces como los habitantes de un bosque cuando restalla el largo látigo del viento durante las tempestades.

El personaje misterioso, embozado siempre en su negra capa, da vueltas y más vueltas en las plazas pueblerinas. De ellas, y en salto increíble, se traslada a las de las ciudades de más importancia y rango. Como un Tenorio cualquiera sube a los palacios y baja a las chabolas y tugurios. De una reunión de alto nivel, dentro del mundo de la economía internacional, pasa insensiblemente a un barrio humilde. Y allí se sienta —siente a sus anchas en la reunión que, convocada por el presidente del equipo de fútbol local, discute sencillos y eternos problemas de primas y traspasos.

El misterioso personaje se cue a por todos los resquicios.

Posee el don de la ubicuidad, que ya quisieran para sí todos los que, con razón o sin ella, practican la moda obligada —que no voluntaria— del pluriempleo.

Está en todas partes al mismo tiempo. En todas partes es engaño y vanidad, pero no hay lugar donde no se le atienda reciba y reverencie debidamente.

Sin pagar pasaje viaja en los más lujosos trasatlánticos y en los aviones que compiten con el viento. Es el polizón eterno

e inencontrable. Ni océanos ni Himalayas son obstáculos para sus saltos espectaculares y continos, pues, gran gimnasta del mundo, la práctica le permite realizar tales acrobacias.

Se sienta en todas las mesas. Con todos comparte el sustento y, desde el comedor de un potentado, pasa sin transición a la del más humilde ganapán en el más lejano rincón de cualquier país. Comulga en todos los altares y en todos los credos hace profesión de fe. Ilusiona a los desesperanzados, encandila a los ilusos, desvela a los durmientes de todos los lechos y, cruel, mata las más caras esperanzas recién nacidas.

Carece de forma y volumen. Tan pronto presenta la estampa prehistórica y pesada de un hipopótamo como, al minuto siguiente, adopta la estilizada y huidiza de la anguila.

Estruendoso como un trueno y hueco como otro trueno. Al igual que estos, llega siempre resoplando y gruñendo para asustar a las mujeres. Su voz es hueca, pero su corazón también lo es. En otras ocasiones seduce con palabras muías a los hombres más sensatos y, con el mismo lenguaje, hace vibrar de sobresalto los labios de todas las mujeres.

Es capaz de imponer sin armas su reinado en cualquier parte. Desde la más pequeña y apartada aldea; conquista toda una gran ciudad sin ruido de cañones. Estos no necesitan hacer su ronca llamada a la guerra. Para el misterioso personaje no han existido nunca las fronteras.

Hay que reconocer que es, sin ningún género de dudas, un pelmazo. Se le expulsa una y otra vez, pero siempre, siempre, vuelve envuelto en capa y disfraz diferente.

Es elefante e hipopótamo. Es anguila y mosquito de incesante zumbido. Como estos, siempre vuelve. Zumba, pica y levanta ronchas.

Así es ese.

Pero, ¿quién es ese?

Ese es el rumor, el cuento, la murmuración, el chisme, la habladuría...